



OBRAS Y AUTORES

Ianos Magallanes: "La Siesta de los Eunucos"

Por HERNAN DEL SOLAR

La siesta de los que viven en esta novela les dura toda la vida. No se trata de un tiempo de modorra en un serrallo. Todo lo explica un epígrafe con palabras de San Mateo, a la entrada de la obra: "Hay eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres —leemos—; hay eunucos que fueron castrados por los hombres, y eunucos hay que se castraron en cierta manera a sí mismos por amor del reino de los cielos. Aquel que sea capaz, que lo sea".

Estamos, pues, en una novela destinada a mostrarnos el calbato de los sacerdotes. Tratamos conocimiento con uno de ellos, el padre Alfredo, hombre joven y fuerte, que ha hecho voto de castidad y a través de unos años experimenta cada vez más inseparablemente el desasosiego de su cuerpo y la desposesión de su espíritu. El tema no puede ser más actual. La Iglesia afronta en estos días la inquietud más profunda. No en un país, sino en el mundo entero. Es época de crisis. Puede no menguar la fe, ser grande siempre, pero numerosos rumbos se imponen y la Iglesia ha de estudiarlos y acorzarlos cuando parezcan insuperables, si no quiere que graves problemas, al ser deseados o se yergan como insalvables, socaven su bienaventurado equilibrio. Tal estado de cosas no se ignora. Cada día nos comunica el cable, a veces detenidamente, los antagonismos, las indecisiones, los impulsos que agitan a los eclesiásticos. Los sacerdotes jóvenes piden un nuevo estilo de vida. Muchos son los fieles que apoyan, efusivamente o no, su voluntad de establecer un orden nuevo; otros, con escepticismo, continúan.

De entre el cúmulo de problemas, uno surge —para la mayoría del público— con rasgos más acentuados. Nos referimos al calbato de los sacerdotes. Se tiene la impresión de que la castidad obligatoria es una carga que sobrellevan con pesadumbre los más vigorosos hombres sacerdotales. Quieren desprenderse de ella, quedar libres, para alegría de sus almas y de sus cuerpos que de este modo —piensan con esperanza— servirán a Dios más intensamente.

Un hecho de tal importancia no podía serle ajeno a la literatura. Al fin y al cabo esta es vida y toda la vital le pertenece. Pero ocurre que el tema es pelagudo. No cualquiera lo aborda. Es fácil que en él se entrede y se pierda un autor atolondrado, amante de precipitaciones. Es un asunto complejo que no sólo pide —y de modo imperioso— talento narrativo, afinidad de nevelistas, sino además, y principalmente, conocimiento de la vida sacerdotal, agudeza psicológica, respeto de la angustia de ciertos hombres que se han comprometido solemnemente al calbato y sienten cómo la voluntad les flaquea, el sentido de culpa les asedia, y el cuerpo les espolea pidiéndoles un comportamiento sexual que sea de este mundo.

No sabemos si en otras partes han aparecido escritores desarrollando novelesamente el tema. En Chile, sí. Y no es un escritor que vaya a él con ánimo de aprovechar la novedad. Es honrado, es auténtico, no improvisa, se entrega al examen de sus propias experiencias. Bato no quiere decir que su novela sea autobiográfica. Ianos Magallanes —el autor— se vale de la novela para exponer, desnuda y vigorosamente, el conflicto a que conduce la fortaleza de la carne a un hombre que se ha condenado voluntariamente a desdenarla, a someterla al sacrificio de que se crea incistente, a pesar de todas las manifestaciones contrarias. Ha sido sacerdote, es novelista, y cuenta lo que sabe.

7 038 43

Su personaje —el Padre Alfredo— entra al Seminario cuando es casi un niño. El mundo que le rodea es un constante estímulo para su imaginación y su sensibilidad: campanas de voces armoniosas a determinadas horas, música sagrada, aromas de flores, oraciones murmuradas con el alma, sentido creciente de que todo es pasajero y que una eternidad venturosa aguarda a quien consiga vencer en la lucha con el mal. Pero el tiempo avanza y trae consigo la soledad. El hombre dado lentamente a la conquista del Cielo pierde el bienestar de la tierra. La felicidad es una palabra que está en continuo asedio y se estrecha estrechando incógnita cada vez más viva, más brillante y seducidora, en las cuales la mujer desempeña papeles tapaderas. El sacerdote siente con amargura que va rompiendo toda clase de obstáculos hasta apoderarse por completo de su inmundicia, que el mundo de la Iglesia es particular y cruel, piadosamente despiadado. Otro epígrafe —que encabezará la segunda parte de la obra— señala muy bien esto: "Hombres de la Iglesia —leemos— un mundo aparte, algo particular; un pueblo especial con su lenguaje, sus costumbres, sus instituciones. Creamos, por nuestra cuenta, un verdadero antimundo". El hombre imaginativo y sensible inexperto para romper con alegría las relaciones con el mundo que le señalan en cualquier instante sus cinco sentidos se angustia en su aislamiento, en la ausencia de sí mismo, en la obligación de obedecer ciega y ciegamente las órdenes de sus superiores que le humillan, le apartan del llamado natural de la carne, le niegan el derecho a escuchar las voces de su personalidad. "Dios nos ha hecho libres y quiere que nos movamos a impulsos de nuestra libre albedrío. El nos ha creado y redimido, pero nuestra salvación depende de nosotros. El no violencia, no amenaza. Nos presta ayuda si nosotros se lo permitimos". Estas sentencias custodian una limpia rebeldía. El personaje de la novela de Magallanes no quiere apartarse. Les lleva en sí y los fortifica con una decisión creciente.

Las tres partes de que se compone la obra exponen progresivamente la vida interior del personaje desde su primera etapa, que es gacosa, aceptación de estar en el mundo para prepararse a una vida eterna, y las dos etapas siguientes, que son las de la angustia y la liberación final de todo trabajo hasta el disfrute físico y espiritual de ser un hombre cuya primordial tarea consiste en construir su orbe propio, su vida personalísima. El tránsito es doloroso. Se parte de una sumisa contemplación de hombres y cosas a una participación activa en la vida de los hombres, entre las cosas que son el mundo de en torno. La existencia del Padre Alfredo se ha desarrollado en íntima soledad, en callado desagrío, en obligada negación de la felicidad terrena. La novela de Ianos Magallanes es el encuentro de ese sacerdote con su cuerpo y su alma. Ha vivido largamente su ausencia —el no estar en sí— y quiere su integración. El mundo y la carne están consigo, son él mismo, y no puede arrancarse, sin morir, de su vinculación vital. "Hay eunucos que se castraron por amor del reino de los cielos" —recuerda. El no quiere serlo ya. No puede. Está en el mundo y no reprobado, por cierto, a la mujer, que es lo mejor de su reino.

La capacidad narrativa de Ianos Magallanes se manifiesta vivamente en la presentación del personaje y su amargo conflicto, en la pintura exacta de numerosos hombres y mujeres, en el análisis lúcido de situaciones, en el finar de la vida que no cesa de etricular por las páginas en impetuosa corriente.

Stbe — El Mercurio — 29 Mayo — 70. p.5

Ianos Magallanes, "La siesta de los eunucos" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ianos Magallanes, "La siesta de los eunucos" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile